

Una de agresiones



RAFAEL A. AGUILAR

ESTA historia no me la ha contado ningún lector ni ningún sindicalista contrito porque su pancarta enmaraña a veces sus legítimas y fundadas quejas. No. Esta historia la vivió quien esto firma hace tres semanas en la novena planta del Hospital Provincial. Sonó el teléfono a primera hora de la noche, serían las nueve y media. Era la noticia que uno nunca quiere oír aunque lleve semanas esperándola. El anciano había muerto. Había pasado sus últimos días en una habitación compartida con un enfermo algo menor que él y que precisaba, como el difunto, del auxilio de una mascarilla de oxígeno. Es extraña, por cierto, la relación cómplice y compasiva que se establece entre dos familias desconocidas que, de pronto, no tienen más remedio que dividir el dolor propio entre el infortunio del vecino. Es la ecuación del destino negro: lo mío tiene arreglo, amigo, pero yo no me querría ver en tu piel...

Esa noche murió el más viejo de los dos. Pasó una hora antes de que un médico pudiera subir a la planta para expedir el certificado de fallecimiento. Una hora. De reloj, del mismo que marcó minuto a minuto y segundo a segundo el luto de la prole que perdió a su patriarca. Una hora. Ni más ni menos. «Señorita, que este hombre se ha muerto». «Sí, sí, que ya avisamos al facultativo de guardia». «Señorita, que este hombre lleva en la cama más de treinta minutos, con los cables todavía conectados y con la sonda puesta, a ver si viene ya el médico». «Que sí, caballero, que ya está avisado, pero es que lo tenemos en Urgencias, que no se preocupe usted que estará al llegar». «Señorita, que hace casi una hora que estamos esperando, que su compañero de habitación se salió de ella para dejarnos a la familia con el duelo y está en el pasillo desde entonces, y sin el oxígeno que usted sabe que le hace falta para respirar». «Que sí, señor, que tiene usted razón, pero que el médico ya viene, que no se preocupen ustedes y tengan paciencia».

¿Paciencia? Cuánta hace falta para no perder los nervios durante más de una hora con un familiar de cuerpo presente y el paciente de al lado dando bocanadas en el pasillo porque el doctor no termina de llegar. «Están ustedes en su derecho de quejarse, pero que sepan que no he podido acudir antes: en Urgencias puedo salvar vidas, pero por desgracia la de este hombre estaba ya perdida», dijo la médico después de firmar el acta de defunción.

Vi alejarse a la profesional por el pasillo interminable con un gesto de dignidad y entereza que la honraba pero con el ánimo quebrado de quien se siente víctima de un sistema sanitario que se demuestra incapaz de poner corazón en el trato con sus usuarios. Me imaginé a la médico llorando de desconsuelo en el ascensor eterno del hospital que, no me cuesta creerlo, tenía que custodiar ella casi solita hasta que amaneciera. Otra familia distinta a la que le reprochó su tardanza habría pagado la demora con insultos y golpes. Lástima que a esa hora no hubiera ningún directivo de Salud en el edificio para haberle pedido que se disculpara no con los parientes del finado, sino con esa doctora por endosarle el cuidado de sólo nueve plantas

ABC